

Una infancia mejorada

Carlos Patiño Millán



Una infancia mejorada

Colección Escala de Jacob

De qué hablan estas prosas poéticas que pretenden ser, otra vez, la infancia? Por supuesto de ese lugar placentero, pero también de ese largo y oscuro salón. Estas páginas hablan, además, de lo que habla la poesía hoy en día: de la Poesía como Absoluto y como Nada; de la herida profunda; del paso del tiempo; de la pérdida de todo referente y soporte; del momento en que la nodriza Euriclea reconoce a Ulises por la cicatriz del muslo (que es la de todos); de la furia y el ostracismo; de un mundo en disolución; de la primacía fugaz del fragmento; de la lámpara de William Butler Yeats y del ángel de Olivier Messiaen; del paisaje familiar que vive de asesinar a su poeta (a su yo lírico) y del difunto de corta edad que pasta sobre la ruina de sus antepasados; del salón de espejos sin espejos; de la muerte de las ideas y de la cosa misma; de los objetos de una antigua casa abandonada (aunque sea extremadamente difícil decidirse por uno de ellos); del yacente cuerpo sagrado; del silencio que se instala entre dos seres que alguna vez fueron una sola y única sangre; de las conversaciones escuchadas al azar; de los invisibles rituales domésticos; de las sombras que cruzan un libro de fotografías; de un menú de restaurante que despliega una pareja que asiste al enfriamiento de su relación y que cubre, por un instante, frente a los demás comensales, el rostro de su hijo y su desdicha. Sabrá el imaginativo lector añadir unos cuantos temas más.



Una infancia mejorada

Carlos Patiño Millán

Colección Escala de Jacob

Patiño Millán, Carlos, 1961-
Una infancia mejorada / Carlos Patiño Millán. -- Santiago de Cali :
Programa Editorial Universidad del Valle, 2010.
104 p. ; 22 cm. -- (Colección artes y humanidades. Poesía)
1. Poesía colombiana 2. Infancia - Poesías I. Tít. II. Serie.
Co861.6 cd 21 ed.
A1273053

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Universidad del Valle
Programa Editorial

Título: *Una infancia mejorada*
Autor: Carlos Patiño Millán
ISBN: 978-958-670-833-3
ISBN PDF: 978-958-765-717-3
DOI: 10.25100/peu.241
Colección: Escala de Jacob - Poesía

Primera Edición Impresa octubre 2010
Edición Digital junio 2018

Rector de la Universidad del Valle: Édgar Varela Barrios
Vicerrector de Investigaciones: Jaime R. Cantera Kintz
Director del Programa Editorial: Omar Díaz Saldaña

© Universidad del Valle
© Carlos Patiño Millán

Ilustración de carátula: Espantapájaros. (1982). Serigrafía. Phanor Ramiro León.
Cortesía de Stella González de León.

Este libro, o parte de él, no puede ser reproducido por ningún medio sin autorización escrita de la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros. El autor es el responsable del respeto a los derechos de autor y del material contenido en la publicación (fotografías, ilustraciones, tablas, etc.), razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia, junio de 2018

*Where the cedar leaf divides the sky
I heard the sea.
In sapphire arenas of the hills
I was promised an improved infancy.*
Hart Crane, *Passage*

Deja que pasemos sin miedo.
Antonio Vega, *Lucha de gigantes*

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

Para Felipe, esta otra infancia suya
Para Sandra Arenas

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

Unas pocas palabras

¿De qué hablan estas prosas poéticas que pretenden ser, otra vez, la infancia? Por supuesto de ese lugar placentero, pero también de ese *largo y oscuro salón*. Estas páginas hablan, además, de lo que habla la poesía hoy en día: de la Poesía como Absoluto y como Nada; de la herida profunda; del paso del tiempo; de la pérdida de todo referente y soporte; del momento en que la nodriza Euriclea reconoce a Ulises por la cicatriz del muslo (que es la de todos); de la furia y el ostracismo; de un mundo en disolución; de la primacía fugaz del fragmento; de la lámpara de William Butler Yeats y del ángel de Olivier Messiaen; del paisaje familiar que vive de asesinar a su poeta (a su *yo lírico*) y del difunto de corta edad que pasta sobre la ruina de sus antepasados; del salón de espejos sin espejos; de la muerte de las ideas y de la cosa misma; de los objetos de una antigua casa abandonada (aunque sea extremadamente difícil decidirse por uno de ellos); del yacente cuerpo sagrado; del silencio que se instala entre dos seres que alguna vez fueron una sola y única sangre;

de las conversaciones escuchadas al azar; de los invisibles rituales domésticos; de las sombras que cruzan un libro de fotografías; de un menú de restaurante que despliega una pareja que asiste al enfriamiento de su relación y que cubre, por un instante, frente a los demás comensales, el rostro de su hijo y su desdicha. Sabrá el imaginativo lector añadir unos cuantos temas más.

C. P. M.

I

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

Vocalización para el ángel que anuncia el final de los tiempos

Niño de año y medio se entierra piedra en la cabeza.
Hermano y hermanas descuidan, un segundo, al bebé que
sangra.

La cicatriz lo acompañará toda la vida.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

II

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

La muerte de una ballena varada en la playa

Todavía está viva, todavía se mueve pero ya dejará de hacerlo. Antes de seguir hablando de esa ballena varada en la playa, debo decir que este poema no está preparado de antemano. Lo he empezado a escribir pero, a esta altura, no sé para dónde ir, no sé qué palabras utilizar.

Leo mis notas, trato de inventar algo, no sé qué, algo: asirme a un verso prestado que salve a mi ballena, rogarle a Dios para que, en pleno día, haga subir la marea y que una corriente reanime sus huesos susurrantes, retroceder el tiempo unos minutos y volver a empezar y hablar de otra cosa, de mi nueva amada, por ejemplo, que ya llega, de los besos que nos damos, de la tarde que se alarga en el verano más allá de toda desnudez...

Es inútil. Es mi ballena y este es mi poema. Debo salvarla, yo la traje hasta aquí. Si quieren, si así lo prefieren, dejo de escribir con tal de que se salve la ballena. Interrumpo aquí y abandono así el poema -en la mitad de mi nada-inconcluso, abierto. Ustedes y yo ignoraremos lo que le sucedió, ustedes regresarán ahora a sus asuntos y yo no tendré la última palabra.

¡Palabras escritas, palabras vivientes, salven a mi ballena!
¡Lector incierto, cierra esta página y salva a mi ballena!

Silencio... Mi ballena intenta decir algo. Cantar. ¿Qué dice?

Soy una ruina de la lógica...

En un abrir y cerrar de ojos

Repetida palabra. Aun así, había que buscarla en el diccionario: yo era muy joven.

Alegrías, penas; el río vital que discurre entre dos paréntesis.

Enmudezco ante la cabeza ensangrentada de Pompeyo. El café a donde solía ir ahora está vacío. Preguntar por un vecino que no he vuelto a ver es enterarme de un velorio.

Casa sumida en el silencio

Atento a los presagios, abrí la puerta.

Mensaje de clemencia, signo inequívoco.

Esto fue en otro tiempo. Entonces la juventud era un viento del oeste que soplaba a comienzos de la primavera. Después vino la muerte, la súplica vana en medio de la bendita oscuridad.

Que nadie sepa lo que sucedió aquí.

La masa inerte, yo, y el rayo esclarecedor de la mañana.

Se espera que los desconocidos tengan conversaciones banales

Atraviesas el parque. La cigarra roja da su señal. Árboles inquietos, hojas se pudren en el cielo. Vuelves a verla, un año después. Hoy: todo será dicho. Te levantas y cruzas la calle.

Podríamos llamar vida a esa nada que asientan en sillas metálicas. Son felices: las sombras de sus pasados no logran oscurecer la risa.

Últimos colores de un día de diciembre y una sola lengua común: con todo, no pueden recordar con exactitud la primera cita; hola, hace rato, es decir...

Bailando, descalzo

Esta cama: lienzo para tratar casos como el tuyo de los que se presentan cerca de tres cada cien años.

Esta ciudad: no es necesario nombrarla a cada instante.

Artista imaginario, compatriota de nadie, cuerpo silente.

Esta casa: sus cimientos serán destruidos y reconstruidos por legiones romanas.

Un hombre desnudo baila en plena plaza. En el suelo, la toga viril y la cordura.

Préparer de la bière¹

Porque, en mi ausencia, poseíste a mi mujer, porque besé la tuya, bebamos; vanagloriarme en voz alta, repetir que toda pelea es afecto.

Porque las espadas envejecen en sus vainas, porque sí, bebamos; jactarme del número de víctimas causadas por estas manos sin callos.

Porque es tarde y se hace necesario regresar a casa, a mi sangre, bebamos; ufanarme de hombres y animales seducidos por igual.

Porque es preciso, porque esta noche es preciso, bebamos; enterarme por bocas ajenas de los males que aquejan mi lar.

Desoír la voz de Penteo; darme a la bebida, mañana será otro día.

Escuchar la voz del alma; darme a la bebida, mañana estaré muerto.

¹ *Préparer de la bière*, expresión francesa, significa “preparar la cerveza” y también “preparar el ataúd”.

El diario del cazador

Cazar es un arte, sin duda, pero posar frente a cadáveres es asunto distinto.

Jueves, 1934, hermosa luz de la tarde. Al pie de tu cuerpo, mi escritura es nerviosa, ilegible.

La luna, al ver mi confusión, corre a esconderse tras la montaña del eco.

Regando flores muertas

Guardadas entre las hojas de un diccionario, años. Las sacudí e introduje en aquel jarrón dorado. No estoy seguro de que las rosas hablen pero escuché voces camino a casa: ¡reza para que no acabe la miseria del tiempo pues su fin pone término a la esperanza!

De eso hace tres años este día. Botones a punto de estallar sobresalen entre los restos de viejos barcos que hoy zarpan hacia arenas lejanas.

El viento levanta las faldas de dos mujeres

No se conocen, viven en ciudades distintas, nada sabe la una de la otra. Sin embargo, han estado juntas; han besado y amado al mismo hombre.

Tormenta en campo abierto, furia del viento. Pido que corran a resguardarse bajo el único árbol. Lo único posible es el olvido: lo que ellas sienten hoy, mañana será reloj de arena, lobo rabioso, un genio triste e inmóvil con una antorcha apagada y vuelta al revés, un pie alado cerca de un caduceo y encima de todo, la mariposa que emprende el vuelo; nada, polvo. Pero es hoy todavía y llueve y el viento es promesa de sangre derramada. Y no corren. Y se olvidan de esta voz. Y salen, dando tumbos, de la página.

Semana Santa, 1997, barrio Los Colores

En el papel, la madre golpea a la hija porque está ebria un Viernes Santo. ¡Ella toma litio, no ron!, parece decir.

¿Habría sido yo un buen hombre para su hija? ¿Habría amado a la hija que nunca tuvimos? El hecho es que cuando bajé las escaleras y cerré la puerta, no sólo salí de aquel lugar sino también de sus vidas; golpes que querían decir besos, abrazos pero también dolor, desesperación.

Al cabo de los años, no olvido la mirada de aquella muchacha antes de recibir el primer golpe.

Vestigios de fiestas de fin de año

Me siento tentando a hacerlo: señalar el camino a la cabaña con mi orina.

Te cuidas de no pisar las estrellas de mar, las botellas, las conchas afiladas, mis comentarios.

Hay una hoguera de risas y Juan y Claudia y Mauricio y Liliana corren a bañarse desnudos en la helada bandeja del agua.

Son casi las doce de la noche; recibiré enero tumbado en una hamaca, de espaldas a los movimientos de la arena.

Lo más cerca que estuvimos ella y yo

El tiempo: *eso fue*.

El 5 de abril de 1996, viernes, en el metro, unos minutos sostuvo ella mis cuadernos.

Cita la memoria: me importa el elemento trágico no su causa; ignoro su nombre, sé que todavía está allí.

Seis minutos, treinta y cinco segundos de misterio, belleza y ganas de no morir.

Cuando observan a este hombre que busca esparcimiento

Sombras cubren el recuerdo de Madre. Donde ella yace en silencio, hay palabras.

Segunda infancia sin ojos que se mueven en la oscuridad: ¡es uno de los vivos el que debe dar el siguiente paso! La incertidumbre que rige la vida hace milagros: ¡vivos hablan con muertos!

Una multitud de dolientes marcha tras la pala del sepulturero.

El fin de todas las cosas

Una barca es tirada por los cisnes, las agujas del reloj de arena no avanzan, se abre una zanja que lleva las preguntas hacia el silencio.

Está que suena mi última hora. De tener tiempo, ¿qué haría?

Es tarde, veo tierras extrañas.

Ha sido inevitable aquí omitir un nombre

Historia de una noche: la lluvia cae con toda fuerza sobre el mar sucio. Es engañoso concebir dolores ajenos como propios. Írsele a uno alguien de la mente no necesariamente es olvidar. Pero entonces, ¿qué es recordar? Recordar es ver a un muchacho que está dispuesto a volarse la cabeza y que esta noche está resuelto a hacerlo. Mi tentación es decirle todo, arruinar su voluntad; callaré.

Todas las cosas han sido precedidas de nubes que se esparcen por la tierra llevando la mala nueva. Aunque a hombres y mujeres nos ha sido dado el amor, lo único sensato es medir el tiempo y separarnos en este instante.

Más lluvia fuerte, más silencio sobre el mar sucio...

The weeping song

Fuerza viril, débil función: mi musa ya no reconoce el escritorio, no escucha las súplicas; calla, quizá para siempre.

¿Es la persona que la interroga distinta a la sombra que soy? ¿Soy diferente al que la enamoró con marcas de agua? ¿Ha partido a la montaña? ¿Se ha hundido en el abismo? ¿En el lecho de quién mora?

Vasta, virginal sábana para el insomne.

El vaso, el vino, el anillo, el dedo

Sea el lugar que me sea dado, escuche los colores del tiempo a través de voces o sueños, llevo conmigo una foto en donde mi hijo aparece tomando cerveza. La he descubierto caída, al lado de libros que jamás he abierto, en ciudades lejanas; la he visto brillar, su sonrisa es testigo de que ningún beso es igual a otro y de que la promesa de amor tiende a ser aire.

Hoy, tú me has dado tu fotografía. Ahora son dos las que guardo. Aunque fui yo el que la tomé, parece que te viera por primera vez. Un descanso en el sendero del parque Lezama y el viento del 29 de julio de 2001, a tu espalda, mece los árboles hasta que cierro el libro y me olvido de ti.

Aún conservo ese poemario de Ted Hughes que compré para que leyéramos juntos y que venía con las páginas unidas por arriba. Recuerdo esa noche, la última; yo cortaba el papel y descubría en silencio esa voz que me provocaba envidia y lástima, a la vez.

El vaso, el vino, el anillo, el dedo. El hombre lee hasta el amanecer pues es incapaz con la boca, con las manos, con los pies.

Una luz se interna por infiernos pocas veces visitados

No resulta dolorosa su presencia ya que el deseo se interrumpe pero no acaba. Sin embargo, deja grietas lo suficientemente anchas como para tragarse a este hombre.

Hace frío pero las lluvias que vienen del sur están ausentes. Una joya envejece al lado de un cuerpo que ha olvidado la razón de existir. Desde la azotea no se ven sino ventanas.

Las cosas más extrañas tienden a suceder. Una imagen de su infancia en Belgrado flota en la noche.

Abres la ventana para que salga el humo.

Yo quise aquel cuarto. Yo amé a esa mujer.

El tren de los pasajeros que se arrojan de él

A veces se dicen palabras así: oficio de difuntos y alguien escribe sobre dos tumbas.

-¿Se tendieron ellos boca abajo?

-Se tendieron en el suelo.

Vísperas de navidad: ellos aparecen en sueños, cubiertos de sangre.

-¡Nos han disparado! ¡Son heridas graves! ¿Sería el mundo un lugar más seguro y agradable si ellos y nosotros no tuviéramos que escondernos los unos de los otros?

-Me temo que no.

Nada se borra con la muerte. Dejo de hablar de lo que abunda en mi corazón. Los vivos no parecen notarlo. Nadie presta atención a esta historia.

De esto no se culpe a nadie

-¿Por qué así?

-Oh, cuán terrible suerte la del ser...

Él estuvo mirando un rato el retrato sonriente. Ella se levantó del asiento y se acercó a la ventana. Vieron llegar a su único hijo de la mano de la ruina.

Había una divisa grabada en cada una de sus palabras; aire agitado por las vacilaciones que preceden a todo final. Su boca fue, por un instante, un pequeño bosque donde la vida y su envés se refugiaron a olvidarse entonando algún salmo: *junto a los ríos de Babilonia, me siento a llorar recordando a Sión...*

¿Era posible que él hubiera hecho tales cosas?

Dos generaciones, tres, para remediar la pena...

Hacer extraño el recuerdo más trivial

Callar: pero si queda por decir lo más importante. Él: yo mismo. Hijo quiere ver una película. Me niego, varias veces: ¡es un arte en franca decadencia! Un sábado, en la fila. Rara sensación estar ahí, en el largo y oscuro salón, bañados por esa luz, uno al lado del otro. ¿Tendrá miedo? ¿Estás bien?

De improvviso, en la pantalla, senos, una mujer. Mi incomodidad rompe el silencio. ¿Quieres algo de beber, ir al baño? Frente a nosotros, una pareja discute acerca de la esquivia naturaleza de los sentimientos. Camino a casa, hablamos de lo visto. Su pequeña mano se relaja, al fin. ¿Traicionarías a mamá? ¿De verdad no tienes hambre?

Diez años más tarde, en el nuevo apartamento, a veces lo sorprendo leyendo libros sobre música, saltando canales de televisión, viendo alguna película francesa. ¿Qué fue de aquella mujer desnuda? ¿Con qué palabras describía la pasión? ¿Dónde está su amante silencioso? ¿Quién era el marido engañado?

¿Y mi hijo, porqué se ha ido? ¿Cómo se llamaba su madre? ¿Qué fue de aquel triste hombre que odiaba la oscuridad y que nunca le habló de las cosas importantes? ¿Y los regalos de la vida, a qué puerta llegaron?

Decir: pero si queda poca cosa por decir. Yo: él mismo, mi sangre, pero a salvo de mí.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

III

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

La lluvia de hace un millón de años

Muerta, en lo alto de la nube negra, la golondrina que hace verano.

Conversando con el tigre mundano

No hay remedio. ¿Allá lo hay?

Tuvimos varias guerras. ¿Escuchó algo?

Mi vecino tiene un ciervo. ¿Entiende de qué se trata?

Sale el sol, las rayas negras corren a esconderse tras la inutilidad de todas las palabras.

Besos de despedida a una muerta de mi propia sangre

Me dejó cantando: ayer, viva; hoy, bajo metros de tierra. Estuvimos juntos el verano, hasta ayer. La desgracia no la dejó cruzar la calle.

Puedo decir que el avión cayó en algún lugar del campo. Decir que son de plomo las alas de los ángeles que la sacan del sitio. Que su bicicleta escupía felicidad cada tarde. Puedo decir que el fulgor de su risa no se desvanecerá. Decir que aun el corazón más hostil acoge amor humano. Que su voz no se perderá entre las otras.

O que murió. Y que no hay más.

Agua que fluye despacio a través de una tierra llana

Seis semanas de 1979. Tenía ojos azules. Vikki Jade Pasko. Maldita sea donde quiera que esté. En Akron, Ohio o en cualquier parte. Maldita sea porque no me amó como yo la amé.

El aparente ayer, el aparente hoy, la suma desordenada de metáforas fáciles. Cajas de vino vacías, ropa sucia, muertas conversaciones entre un joven tímido y una ausente.

Contra el telón de fondo de una vida silenciosa, el recuerdo de ese álbum de Lou Reed que yo puse en sus manos la última noche que la vi.

19 de mayo de 1987

Retrato imaginario de monarcas sin corona: sin importar razón, un viento nos trae a cuento. Que la dicha sea ante nosotros aunque no seamos muy diferentes de los demás.

Descoloridas voces de hombres antiguos nos dan la bienvenida: sin conocer sus nombres nos sentimos en casa. Hacia la prueba clásica del espejo tomamos el primer tren de la madrugada.

Esto lo digo para que sepan de mi vida

Dios no me bendice por más que se lo pidas. Parece que él y yo no cabemos en el mismo día.

Prostitutas y santas son perseguidas por reflectores. ¿Habrá quién me diga cuál es el palacio de los Médicis?

Pena, enfermedad, entierro de rostros conocidos.

Vives con el rosario entre los dedos pero eso es otra historia...

Saratoga Springs, New York

Otoño. Llueve. El televisor no tiene señal. Crepita el fuego. Fumo en silencio. Desearía estar en otra parte, claro, pero el asunto es que jamás he estado ahí.

Consuelos varios

Si me vas a violar, no me abras la boca. Si me vas a robar, no me dispaes. Si me vas a matar, no salpiques la camisa recién pintada.

Versos, canciones, endechas, redondillas, quintillas, décimas, jácaras, sonetos.

Todo y ahora. El yo, hecho polvo. Allí donde era, nada. Miedo a morir, a nacer de nuevo, a vivir la gloria eterna, a respirar si eso significa paso de los días.

Sagrados, amorosos, satíricos, recordatorios.

Ninguna partida es triste. Soñé que todavía estabas viva. Me retracto, a tiempo, de lo dicho y lo no dicho en esta vida.

Palabras, silencios, palabras.

La besé, labios húmedos

Escondido entre cipreses, le grito que la amo. Fuera del mundo: me gustas; no, te amo.

Creo morir.

Ella aparece tras la puerta, anuncia lluvia, provoca largos silencios en el salón de mis invitados.

Ruidos, es medianoche

Jackie Wilson dijo que se sentía en el cielo cuando ella sonreía o algo así. Frases digeridas en la mesa de mi habitación, únicas alegrías de la semana entera.

¡Cántame, oh musa, no te vayas! Drama de un escritor que se cree auténtico. ¡Pobre ángel con alas rotas! ¡Su poema no existe, todo lo ha copiado!

¿Qué sabe el relojero de mí? ¡Nada! La hora de mi muerte...

Morir es librarse de uno mismo

Ah, Annabel, Lolita y un tal Harold Haze. La literatura: alterar, pervertir, inventar... Después de haber vacilado largo tiempo, el sol huye de la luna. Por su parte, este ilusionista nativo fracasa en la demostración más elemental.

Belleza perfecta, la lluvia de fines de septiembre hace florecer tumbas. Palabras flotan en el aire: la muerte evita así el empleo repetido, en un mismo día, de idénticos nombres.

Ahora que ya no caes en mis manos

Estás allí, no te veo. Mi habitación confunde, a esta hora, rostros de vivos y muertos. No es el purgatorio, es esta cama de nogal en donde yacen las palabras que nos desnudaron hasta aquí.

Los amantes se separan, es tarde. Toda forma de luz es tímida para estar presente. No hay cuidado, volverás.

Ahora renuncio a ti pero volveré a verte. Tú dejas de perseguir mis ojos oscuros; está dicho, volverás.

Dios sea contigo esta noche de agosto, mi muy iluminada.

Lo que el mapa de tu mano deja ver

Perplejidad: las risas tímidas ahora son lágrimas. Basta esta oración para condenar al jugador. Invoco a Dios, al Salvador, al Hijo del Hombre pero parecen inútiles los nombres y rezos cuando el cielo se tiñe de tormenta.

Pasos, abrir y cerrar puertas, objetos que caen al suelo. El niño que estiraba la mano. El corazón que añoraba palabras.

El péndulo va y viene avanzando hacia el destino. El juego está a punto de terminar pero el Señor todavía no muestra su última carta.

El sermón después de la pasión

Por respeto a la memoria, conservo su cuerpo en mi cama sin tender. Afuera, la mañana. Cierro la puerta para comprobar que mi alma también está muerta.

Octubre, hace frío. Me propongo destruir todo, así que subo hasta el refugio y emprendo una excursión por tierras extrañas.

La gloria deviene en leve somnolencia. La revelación toca el corazón. Mas, ¿qué importa? ¿A quién le interesan estos años?

¡Qué actores!, dirán algunos. Otros preferirán olvidar lo sucedido.

Estos alegres ejercicios y este triste trópico...

Tú, que eras el paraíso

Más cerca del infierno que de mi hondo gemido está tu piel. Tu camisa blanca no me sirve de consuelo. Tu camisa blanquísima no me sirve de consuelo. La camisa más blanca de todas no me sirve de consuelo.

Para mí estás muerta: que tengas piel es sólo una absurda concesión de la naturaleza.

Muerta, no: perdóname por haberlo escrito.

Rota, maltrecha, pero con vida.

Noche, tarde, mañana

Mejor quedarse en casa, las calles están como desnudas y no es hombre quien se atreve a más. Por debajo de la puerta, lenta, la sangre vertida en otro tiempo.

¿Creo realmente que hay otro viaje distinto al último? No, no hay regreso al hogar; no, este no es mi amor; no, esta no es mi casa.

A las 6:15 éramos amantes primerizos

Los padres lo sabían, pero, ¿lo sabía ella? Tenía más palabras que yo y era mucho más frágil. Para mi satisfacción decidió saltar el arroyo.

Mira mi congoja, muchacho; la mía, qué congoja mía.

Pesar no significa que uno sufra más: oscuridad sí, pero la luz atraviesa paredes haciéndose pequeña como un niño que reclama amor.

Toma mi congoja, muchacho; la mía, qué congoja mía.

Así que volviste, dijo la muerta. Pero, ¿tú y yo somos amantes?, dijo la viva. No de otra forma transcurren mis días en la tierra.

Borra mi congoja, muchacho; la mía, qué congoja mía.

Sangre vertida para redimir pecadores. ¿Qué castigo reciben en el infierno los infieles? El espíritu, la belleza, los sueños, aquel escondite debajo de las faldas.

Ahora soy tu congoja, muchacha; la mía, qué congoja mía.

Una noche larga

Fuego, pero apagado.

El resto de la noche intentamos encender cenizas.

Mujer al agua

Aquella luz en el fondo de tu boca recuerda que llevamos meses sin tocar puerto.

Tus cosas y las mías en el suelo: claves que separan al hombre de la mujer.

Santo olor a perdón inunda la proa antes de atravesar el infierno.

Tus ojos bendicen mi sombrío rincón que no cae a la corriente.

La razón del miedo

Vaya pesadilla: sombras reinan por doquier. La agonía es cierta y esa será la única mujer que dormirá conmigo esta noche.

Tiempo hubo, pero ya no lo habrá: lanzaré pelotas muertas contra la pared de cal viva.

Tomando un respiro en aquel bar

Naturaleza: moscas zumban sobre lo que resta de mi alma.
Pesimismo, estoicismo, cinismo.

Vacuna contra la enfermedad de la soledad: navego desnudo por tu río de ojos.

Dentro de unos días, maldeciré lo que digo, lo que hago, lo que escribo.

Besos a los dos, cuídate: si la palabra es aire, el silencio es fuego.

No lo cuides: abandona al recién nacido tendido sobre la manta.

Ya me conocerás este verano

Antiguo entusiasmo, cicatrices bajo ropas nuevas. Es posible que no nos acerquemos por un tiempo o que los dos sigamos el camino. No obstante, hoy ha llegado tu piel a detenerse a mi puerta. ¡No te quedes ahí, saluda al cuerpo!

Sombra de la luz de la luna sobre la calle del sueño en donde apareces tal como eres. Autos relucen en el crepúsculo de tu apariencia. ¡Ayúdame a desvestirme!

Tú sigues viva en mí, después de haber sido enterrada varias veces por mis propias manos.

Mintiéndole al pasado

Ni reina ni cortesana: usted miente. Dijo que... ¡Váyase al infierno!

Las personas bien educadas no mienten. Es una hermosa mañana soleada y sus palabras son nubes: ¡tener hijos a su edad!

¡Salve! Miro con tristeza su cuarto pulquérrimo donde mi nombre no entrará más.

Aquí mismo, esta casa

El bebé llora, no hay tiempo que perder. Tantísimo calor: tenía que suceder y ha sucedido. Mantenerse en vela es otra forma de penitencia.

Trece años ella, quince yo.

La luz se ha apagado, medianoche. Tambaleando me desvisto y entro en el sueño. Tal como reza el título esto sucede entre paredes. Tres de la madrugada y suena el teléfono.

Otra nube pasajera

Dos semanas, un mes quizás. Hablo contigo y me pierdo buscando dulces rimas donde no las hay. El alba llega y los monjes bendicen todo. Una sonrisa involuntaria y tus ojos se llenan de tristeza.

¡Criatura más espléndida no ha conocido mi cuerpo!

No deja de inquietarme el deseo de matar lo que se ama.

¡Bendito seas, Señor, que haces de un moro un cristiano!

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

IV

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

Muerte por agua

Alejándose agua abajo. Diciendo adiós, dejando escapar unas flores, yerbas santas.

La caída no ha sido involuntaria, me arrojé a la corriente.

Agua abajo, adiós, niña santa.

La ruina de una promesa

Enderezar la vida, tanto como a un árbol. Lo que iba a ser, torcido. Una luz brillante, oscura.

Pronto vendrán las vacaciones, te veré. ¿Me enseñarás a volar? No seas malo, di que sí.

Lenta marcha hacia el suplicio. Quienes lo conocieron, voltean el rostro. Lo que iba a ser, árbol oscuro.

El agua detenida

A esta hora tu vientre no tiene hendiduras. Un pequeño roce, deseo. Una caricia incidental. Me desnudo a la espera de la caída de tu fruto.

Digresiones: podría haber seguido por mi buen camino pero; tú estás aquí pero; deberíamos beber con moderación en presencia de versos blancos pero.

La moneda gastada rueda en la arena sin hollar. El agua detenida forma tu ombligo. Alguien habla. A mí, en cambio, ya no me queda nada por decir.

No pises la hierba

Entre la chusma que mira, sin mucho escándalo, se divierten tus estatuas. Orinan sobre begonias, dan paseos a caballo, se aman furiosas en las bancas del parque, se baten a duelo, sonríen; crees escuchar algo, te asomas a la ventana del palacio y, entonces, corren a aguantar la respiración.

Soy viejo, soy viejo, algún día las sorprenderé.

Cenizas de amor

Hace una semana llueve Cali. Extraño luz sol. Abres piernas diviso región más clara. Rehúsas hacer amor baño restaurante. Mierda. Insisto ir *night-club* donde abandono por negra dulce tenaz. Regreso has ido persigo. Atropello niña maldigo. Tomo todo ron mundo y no te vuelvo amor a ver.

Sangre en el jardín

Piedras azules, otro cielo bien lejano. Pájaros muertos, fondo del mar. Escenas de un film inacabado en donde mi alma es perseguida por un niño ciego.

Isla sagrada, reloj de arena movediza. Fugaz amor, descampado de la guerra civil.

Muchas horas permanece tu llave abierta; pedazo de mi corazón. Al amanecer, la guardia costera recoge dos cuerpos.

**Yo me aprendo de memoria
la humedad de tu cuerpo**

Un punto del horizonte, no te diviso desde la orilla.

Mar adentro, baila tu cuerpo abrazado a una promesa.

-Os voy a dejar, señor.

Y lo hiciste.

Bien mereces tu nombre.

Adiós es la palabra exacta

Quizás tengas suerte y las sombras oculten la evidencia, pero frente al espejo todo siempre parece peor. Sólo es una excusa llamarme a esta hora: no hay duda en tu voz ni vida al otro lado de la pared.

El péndulo se detiene cuando abres la ventana. El mismo cielo ignora el vuelo.

Se esparcen en la noche, inadvertidas, las aguas de la muerte.

Pura sangre

I

Pensé en ti el viernes cuando me corté un dedo. Recordé tu manera de besar al chuparme la sangre.

II

Dono un litro de sangre para los rebeldes. La cuota de sangre del pueblo. La sangre derramada por los héroes anémicos. Me desangro: soy la primera víctima de la revolución.

III

Seguí el rastro de tu sangre en la nieve. Llegué hasta tu cabaña. No había un fósforo para hacer fuego: se me hirvió la sangre.

IV

Un fino hilo de sangre hilado por las finas manos de mamá. Un gran mantel tejió. Un largo mantel rojo. Nadie entendió tanta sangre en tan delgado cuerpo.

Viento y borrasca

Que haya nunca entre nos.

Colgado de un árbol con raíces en el cielo. Piedras de colores jadearon a su paso. Este amor amó la tarde, la sombra creciente, la vela que hasta ayer inundó la noche.

Que haya nunca entre nos.

Colgado, el hilo salvador. Las hojas son pájaros que se desbandan.

En un soleado día de lluvia

Árboles, piedras, azules montañas cruzan tu horizonte, a lado y lado.

Cuando miramos al cielo confundimos todo. A tu pelo le encantaría que bajaras la ventana, bailar con la brisa que canta afuera. Juegas, en cambio, con el vidrio empañado.

Yo me ahogo en casa cuando escribes mi nombre y echas rayos.

Una instantánea del álbum familiar

Ensayo una sonrisa a tu lado. Días en los que yo rogaba morir antes que tú.

Siguiendo voces, tu mirada huye por el corredor. Temo tocarte, tu piel a punto de estallar.

Virtuosa madre que honraste a tu único hombre, mira todo lo que él dejó para ti: el pasillo donde te pierdes.

Ahora duermes. Asustado me acerco a ti y, bajo la sombra del abedul, empiezo a hablarte: ¿estás ahí? ¿me escuchas?

La mujer tiene por misión hacerse amar, conmover el pétreo corazón del hombre; no amar. Virtuosa madre, mira todo lo que te dejó la vida: esta foto.

Sácame la lengua del oído ¿sí?

Ningún sitio es mi lugar preferido. Jardín florecido, demonios personales, es hora de tenderme al sol. Cierro la llave, el agua salta, serpiente de plástico ríe a carcajadas.

El día se derrite entre vasos rotos. Cabezas parlantes hablan de lo bueno que es estar vivo. Despiértame antes que tú, pido.

Me besas como si estuvieras muerta. Estatuas no dan sombra, árboles sí. Mi lengua se pierde tras la tuya, oculta en algún rincón de la tarde. El sol es una mancha en tu piel desnuda. Fumas despacio, mientes pensamientos que caen agotados en el asiento de atrás. Paso por entre tus piernas, me ahoga la línea temporal de la vida.

Hierve la piscina. Padre tuyo que está en el suelo. Abres la llave. Nadie más vendrá, dices; sirve el veneno.

Viejas vigas, techos a punto de desplomarse, largos silencios nocturnos entre dos que se dicen adiós.

Así cantaban antiguos trovadores.

Olviden la controversia sobre quién tenía la razón.

La paz de los muertos

Sobrevivientes de una guerra estúpida, pasamos días acariciándonos en el balcón del apartamento.

El silencio que nos rodea es interrumpido ocasionalmente por un tímido sol que, avergonzado, nos lame viejas heridas.

A veces deseo que exista algún cielo

Una flor se abre, agua la besa por primera vez. No importa cuántos días pasan, si estas caricias son sueños o recuerdos. No importa hacia qué abismo se levanta en vuelo el colibrí, importa acaso el tallo donde antes se posaba y que ahora se mueve, tambaleante.

Uno mismo debe escoger su pastor. Algo ha de hacerse o no.

Pasamos horas preguntándonos dónde se va a encender, en la inmensa noche, la luciérnaga.

Y llega un día, en pleno verano

Es extraño: tantos años de deseo y ahora que finalmente nos besamos, no hay mucha alegría en tus labios y esas caricias ensayadas suenan falsas e incómodas en tu piel.

Temed y desconfiad.

Mientras te vistes, descubro ese cuerpo tantas veces imaginado. Pienso en los largos días de la espera pero no intento ni siquiera retenerte.

Escuchad y callad.

Envuelto en la noche, pienso en tu olor y en tu mirada que se quedarán conmigo por unas horas y en ese sonámbulo amor que duerme dentro y que ninguno de los dos supimos despertar.

Abrid los ojos y acostaos de nuevo.

El color de mis sueños

Muerte que me niegas y de la que regresas sin duelo. Amor apenas insinuado que tú apagas con dos dedos. Camino que siempre conduce al drama. Maldiciones que lanzo para retenerte, agua que corre por debajo del telón, que se detiene al llegar a tus pies, que tiñe tu blanco vestido de rojo.

Contigo, rara vez los personajes actúan como ellos mismos.

Otra muerte; otro actor apuñalado en la sombra.

Mujer desnuda, de pie

Madre trajo un cadáver a casa. ¿Qué haces?, preguntó Padre. Madre me señaló y dijo: que él lo diga.

Hace unos años, esa mujer que yacía desnuda en la sala y yo fuimos amantes. Remonté ríos oscuros con ella; ahora su nombre ni siquiera era rasgo inquietante del pasado.

No veo a nadie ahí, dije. Homero difícilmente pudo ser ciego, contestó Madre. Padre abandonó la casa.

Salí al patio a cavar una tumba. No volvimos a mencionar el asunto.

Sobre ella, un árbol erguido. En la rama más corta, la promesa de unos frutos que ya reventarán. Dentro de las semillas, el silencio que susurra el viento.

Y si fuéramos niños de nuevo

Y yo tuviera, otra vez, la primera erección. Y Martha, la niña de los jacintos, entrara por esa puerta. Y la ciudad floreciera, no de basuras. Y los poemas no sucedieran en los inalcanzables libros sino en las calles bulliciosas. Si el arte de corregir deformidades corporales fuera sólo una lámina en un libro. Si Bogotá no quedara cerca sino lejos, como entonces. Si ninguna caricia creara telarañas. Si los asesinos se quedaran dormidos junto a la sangre por derramar. Si ningún beso distanciara a los amantes. Si la sal permaneciera a salvo de los corruptos. Si regresaran los agentes de la hoz y el martillo (mala gente a quien culpar de todo mal y peligro). Si el verano significara vacaciones, calor, tías y primos en segundo grado. Si con un peso fuéramos felices. Si el venado herido pudiera escapar. Si la gente creciera pero no muriera. Si la mirada clasificadora del maestro se tradujera en complicidad. Si la risa pagara toda deuda. Si la Vía Láctea fuera todavía misterio y no una vulgar sombra en el cielo.

Insolente niño tonto...

La infancia mejorada.

Si Martha entrara por esa puerta...

Primeros minutos sin ti

Ninguna razón para vivir; la mano muerta, ardiendo. La frente en alto. Los ojos abiertos, absortos, en el lejano tañido de campanas. Boca roja, cerrada.

Sobre la cama se amontonan, lentas, tus pertenencias; la prisa es de quien te viste con tu último traje.

Hay algo que me gustaría decir ya mismo sobre ti: *chiquilla, pequeña sabandija, gran bufona.*

La historia dirá cuánto te pareces a este cuadro.

Un hombre que no está totalmente muerto

Dime, Señor, si de todos los amores que me correspondían en esta vida, el que acaba de salir por la puerta de atrás era el último. O si hay más, un dulce nombre que traiga un poco de sal a mis días. Dime si hay más pájaros en el cielo nublado, aguas detenidas, risas, si hay un hombre –un amigo devenido en tardío consuelo- o si hay pequeñas voces en mi camino y una cama en la cárcel para el violador.

Dime si hay más amaneceres azules, deudas, dudas, borracheras, culpas, niños que arrastran mi apellido y otros hijos muertos en baldes de hospital, desamparos y vulnerabilidades que ya cubriré con mi escasa sombra, una próstata inflamada, frases sin sentido sobre el sentido de la vida, habitaciones de hotel iluminadas a medias donde -ya tarde en la noche- yo pueda abrir mi billetera para besar la foto desleída de Felipe.

Dime, Señor, si de todos los seres soy el que más miento y si eso es un premio tuyo o una venganza.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

V

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

Confusiones del arco iris para el ángel que anuncia el final de los tiempos

Madre, sabia, repite: *tus celebrados hoyuelos serán tus primeras arrugas*. El hijo, el poeta, el charlatán abandona la casa y pronto olvida nombres.

La cicatriz lo acompañó toda la vida.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

VI

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

Por último, su nombre (para decir pureza y suciedad)

Un ser enamorado se masturba frente a una pantalla. Tiene mi rostro. No se trata aquí de la tragedia de un hombre desencajado ni del tiempo perdido entre dos frases. Una pequeña cuenta de cobro pendiente desde julio, sí. La perla y el rubí, sí; la canción del sauce.

Silencio y otro más largo aún. Que todos lo entiendan de una vez: si aquellos fueron los días de la vida, gracias doy por despertarme a tiempo. El animal ya encontró otro nido (de lo más prohibido). Qué tiempo tan feliz pero qué bien que haya pasado y se haya ido.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

Contenido

Unas pocas palabras	9
I	
Vocalización para el ángel que anuncia el final de los tiempos	13
II	
La muerte de una ballena varada en la playa	17
En un abrir y cerrar de ojos	18
Casa sumida en el silencio	19
Se espera que los desconocidos tengan conversaciones banales	20
Bailando, descalzo	21
Préparer de la bière	22
El diario del cazador	23
Regando flores muertas	24
El viento levanta las faldas de dos mujeres	25
Semana Santa, 1997, barrio Los Colores	26
Vestigios de fiestas de fin de año	27

Lo más cerca que estuvimos ella y yo	28
Cuando observan a este hombre que busca esparcimiento	29
El fin de todas las cosas	30
Ha sido inevitable aquí omitir un nombre	31
The weeping song	32
El vaso, el vino, el anillo, el dedo	33
Una luz se interna por infiernos pocas veces visitados	34
El tren de los pasajeros que se arrojan de él	35
De esto no se culpa a nadie	36
Hacer extraño el recuerdo más trivial	37

III

La lluvia de hace un millón de años	41
Conversando con el tigre mundano	42
Besos de despedida a una muerta de mi propia sangre	43
Agua que fluye despacio a través de una tierra llana	44
19 de mayo de 1987	45
Esto lo digo para que sepan de mi vida	46
Saratoga Springs, New York	47
Consuelos varios	48
La besé, labios húmedos	49
Ruidos, es medianoche	50
Morir es librarse de uno mismo	51
Ahora que ya no caes en mis manos	52
Lo que el mapa de tu mano deja ver	53
El sermón después de la pasión	54
Tú, que eras el paraíso	55
Noche, tarde, mañana	56

A las 6:15 éramos amantes primerizos	57
Una noche larga	58
Mujer al agua	59
La razón del miedo	60
Tomando un respiro en aquel bar	61
Ya me conocerás este verano	62
Mintiéndole al pasado	63
Aquí mismo, esta casa	64
Otra nube pasajera	65

IV

Muerte por agua	69
La ruina de una promesa	70
El agua detenida	71
No pises la hierba	72
Cenizas de amor	73
Sangre en el jardín	74
Yo me aprendo de memoria	
la humedad de tu cuerpo	75
Adiós es la palabra exacta	76
Pura sangre	77
Viento y borrasca	78
En un soleado día de lluvia	79
Una instantánea del álbum familiar	80
Sácame la lengua del oído ¿sí?	81
La paz de los muertos	82
A veces deseo que exista algún cielo	83
Y llega un día, en pleno verano	84
El color de mis sueños	85
Mujer desnuda, de pie	86
Y si fuéramos niños de nuevo	87

Primeros minutos sin ti	88
Un hombre que no está totalmente muerto	89

V

Confusiones del arco iris para el ángel que anuncia el final de los tiempos	93
--	----

VI

Por último, su nombre (para decir pureza y suciedad)	97
---	----



Universidad
del Valle

Programa & Editorial

Ciudad Universitaria, Meléndez
Cali, Colombia

Teléfonos: (+57) 2 321 2227
321 2100 ext. 7687

<http://programaeditorial.univalle.edu.co>
programa.editorial@correounivalle.edu.co